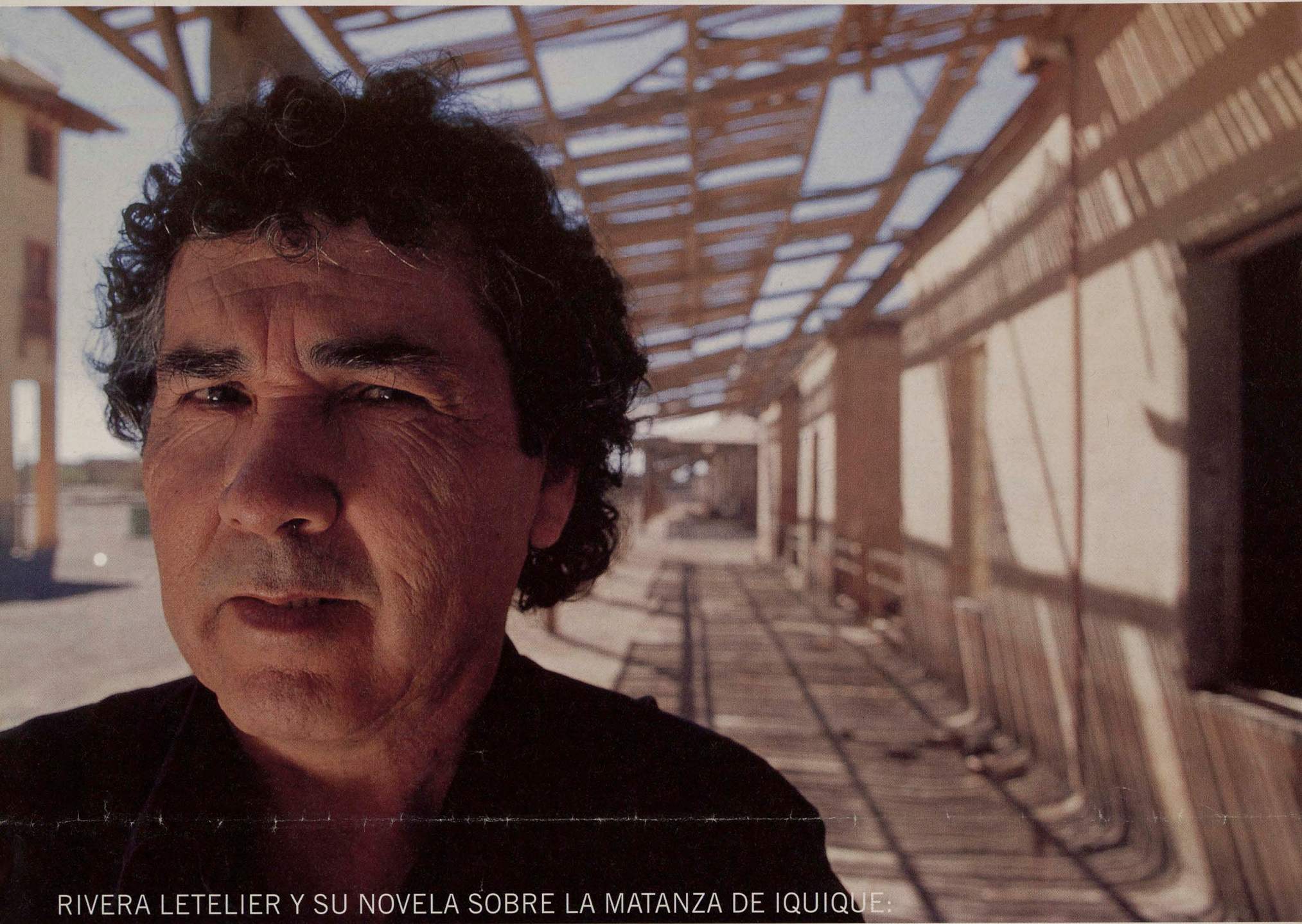




RIVERA LETELIER Y SU NOVELA SOBRE LA MATANZA DE IQUIQUE:

“ESTA TRAGEDIA DIVIDIO LA HISTORIA DEL SALITRE”

Casi cien mil ejemplares en siete años ha vendido este obrero pampino de lengua irreverente, *best seller* absoluto en el último decenio. Traducido al francés, portugués, italiano, alemán, griego y turco, Hernán Rivera Letelier dio en el clavo, contando, con maestría y sensibilidad, las penurias y lujurias del Desierto de Atacama. Para hablar de su próximo libro, *Santa María de las Flores Negras*, del cual anticipamos un extracto en exclusiva, caminamos con él, bajo un sol alucinante, por la pampa de Chacabuco.

DESDE ATACAMA, POR MARIA CRISTINA JURADO
FOTOS: LEO VIDAL

El sol pica en Chacabuco. Las voces de los muertos –de todos los muertos– resuenan en la pampa hirviente, como fantasmas de viento. Hernán Rivera Letelier camina por entre los fierros retorcidos, los pimientos tallados con recuerdos, las paredes a la cal, ahora cenicientas. Hemos venido con él, simplemente, a sentir el desierto. Este pampino de rostro surcado por el calor abrasante fue obrero de los bajos fondos del Desierto de Atacama durante más de 30 años. Con su pelo revuelto y sus manos callosas, fue cachorrero, herramentero, calichero, cargador de tiro, ayudante de palero, carrilano, términos que sólo conocen los obreros del salitre. Nieto e hijo de salitrero, se casó, hace 28 años, con María Soledad Pérez, hija también de salitreros. Ahora, mientras el sol pica en Chacabuco, muerta por el tiempo, Rivera siente que ingresa a un recinto sagrado. Camina pisando

con el alma y el corazón se le pone como un puño. A un par de horas de Antofagasta desierto adentro, la oficina vivió su *peak* productivo en los años veinte y cerró en 1940. Llegó a tener siete mil habitantes y produjo 180 mil toneladas métricas del preciado mineral. Como Chacabuco, declarada monumento histórico en 1971 y que, irónicamente, funcionó como campo de detención político desde 1973, fueron cientos las oficinas salitreras repartidas por el Norte Grande. Con las inversiones extranjeras en la zona, se abrió uno de los capítulos más prósperos en la historia de la economía nacional. Ella tuvo, sin embargo, su contrapartida en grandes sufrimientos sociales.

Caminando en soledad, este obrero y poeta tiene manías que sólo poseen quienes han vivido el desierto desde dentro, quienes lo han sufrido, llorado, trabajado, *puteado*, añorado, amado. Al momento de abrir la botella de mineral,

CARAS Nº 368 SANTIAGO
10-V-2002

767573

168

R00 254291-01

bajo el sol cayendo en punta, él llena su vaso sólo hasta la cuarta parte. “¿Y si nos quedáramos en pana en plena pampa y se acabara el agua?”, pregunta. Hay mil detalles que lo revelan como un simple hombre de población, esa misma población Corvalli, en la punta de un cerro en Antofagasta (“bien lejos del mar, porque a mi señora la asustan los tsunamis”), donde vive desde hace unos años. La casita azul rey y blanca, coronada de un pimientito que rodean neumáticos verdes enterrados en el suelo de tierra, acoge a ocho Rivera: él, su mujer, sus cuatro hijos Silvina (28), David (23), Música (13) y Luna (12) y a sus nietas Almendra y Chanel. Está, al parecer, a salvo de vandalismos y robos, comunes en la población: “Es la única casa que no rayan, porque aquí me quieren harto”, explica. En ella, Rivera Letelier escribe y corrige (sobre todo, lo último) en computador sin horario ni disciplina, llevado sólo por una inspiración que acompasa al viento nortino. Cuando puede, o sea, casi todos los días, pone la radio al máximo y baila: las mismas rancheras que ocupan sus libros; tangos, *twists*, rocks o lo que venga. Es su máximo ejercicio y a él no renuncia. “Dime como bailas y te diré como escribes”, dice que le dijeron un día en París. Así, bailando y tipeando, circulando en micro (no tiene auto ni celular) y comiendo aún los porotos, lentejas, cazuelas de vacuno y mote con huesillos que recuerda como la bebida oficial de la pampa (además del ulpo), este obrero de mirada limpia ha llegado a ser uno de los cuatro mayores *best sellers* literarios en este país. Después de 30 años trabajando a pala y picota, pasó a codearse con Marcela Serrano, Roberto Ampuero e Isabel Allende. Sus casi cien mil ejemplares, publicados por Editorial Planeta en siete años –cuatro novelas encabezadas por *La Reina Isabel cantaba rancheras*, que lo catapultó– lo convierten en referente de la literatura chilena del último decenio.

De como este simple poblador que, hasta los veintitantos no había leído ningún libro de peso, llegó a escribir con el preciosismo, virtuosismo y color con que larga sus carillas, resulta un misterio. Polémico, a veces se critica su excesivo amor por los adjetivos rebuscados y su sempiterna irreverencia. Con su lengua popular, este antofagastino nacido en Talca hace 52 años (los cumple el 11 de julio) va al encuentro de las críticas con sus cifras de venta. Y con su espíritu indomable que hoy, en este desierto calcinado, se abriellanta para hablar de su nueva novela, *Santa María de las Flores Negras*, inspirada en la matanza de la escuela Santa María de Iquique. Una obra que, aclara, cierra el ciclo de sus novelas pampinas.

más de cien mil almas

–Su nueva novela retrata una de las mayores tragedias en la historia salitre-chilena. Pero el tema no es nuevo...

–Es una temática que yo he desenterrado del desierto y se las he restregado en el rostro a quienes no quieren oír. La matanza de la escuela Santa María fue un

hito que partió en dos la historia del salitre, una explosión de todas las injusticias que se venían cometiendo. Después del sacrificio de esos más de 3 mil obreros, sus mujeres y niños, el país puso más atención al desierto. La pampa estaba abandonada, era un predio de los alemanes, ingleses y gringos que imponían sus leyes, hasta su propia moneda. Los chilenos eran esclavos. Y ser esclavo aquí es como ser esclavo en otro planeta. En el Desierto de Atacama llegaron a haber 340 oficinas y más de cien mil almas; había un doctor por cada 30 mil. Morían como perros. Si alguien se accidentaba, tenía que viajar a Antofagasta o a Iquique, montado en los carros donde cargaban el caliche. Eran familias completas: la historia del salitre no hubiera sido posible sin el heroísmo de la mujer. Yo he conversado con ancianas que perdieron siete,

ocho críos en la pampa.

–Su propia mamá fue de oficina en oficina con sus hijos colgando.

–Para escribir esta novela conversé con mucha gente, hasta con un iquiqueño sobreviviente a la matanza. Conocí a abuelitas que habían pirquinado, triturado piedras para ayudar a sus maridos en las calicheras. Las que no, ponían pensión. De esas fue mi madre, llegó a tener 40 pensionistas que pedían la comida en *convoy*, o sea, todos los platos juntos. Ella y mi hermana mayor se levantaban a las cuatro de la mañana a cocinar en unos fondos enormes de fierro enlozado. Llegaban los viejos y tragaban apurados: la cazuela, los garbanzos, la ensalada, el ulpo. Todavía veo a mi hermana, levantándose a partir los durmientes de leña con una barreta para hacer el fuego.

–Los Rivera vivían miseria...

–Fuimos pobres como ratas, pero nunca me sentí pobre. El que se siente pobre, está frito. Es como sentirse viejo. He llegado a pensar que la pobreza, como la vejez, es un enmarcamiento mental. Fui a la escuela a *patapelá*, me puse zapatos como a los ocho años, en la oficina Algorta. Pero era miseria sin resentimiento. Si pude vivir la pobreza sin resentimiento, puedo vivir lo de ahora sin soberbia. Esto me lo enseñó la vida. Como decía la Violeta Parra: a mí de humilde, no me la gana nadie.

–Le van, seguramente, a hablar de *La Cantata de Luis Advis*, que marcó la música de los '70.

–Creo que *La Cantata Santa María de Iquique* de Luis Advis fue la punta de lanza, es por ella que la matanza llegó a Europa, por el canto del Quilapayún. Yo la escuché a los 18 años, cuando vivía en la pampa y hasta entonces no conocía la tragedia. Eso



“YO DIGO QUE ALGUNOS ESCRITORES ESCRIBEN CON EL PROFILACTICO PUESTO, PORQUE NO LES PASA VIDA. A MI ME SOBRA VIDA. Y EL ARTE TIENE QUE CONTENER TRANSPIRACION, SANGRE, ORINA, TIERRA, AGUA”.



El autor con Roberto Saldivar, cuidador de la oficina Chacabuco.

prueba como la historia se esconde cuando conviene. Cuando me puse a escribir, se infiltró la escuela Santa María en todas mis novelas. Apareció en *La Reina Isabel cantaba rancheras* en la voz del Poeta Mesana, el protagonista. En *Fatamorgana de amor con banda de música*, el trompetista Bello Saldalio cuenta que él vio la masacre desde un techo, a los once años. Y en *Los Trenes se van al purgatorio*, el acordeonista, que es el personaje principal, va pasando de un carro a otro y choca con un anciano en la oscuridad. Este le dice: "Fuimos más de tres mil los muertos en la Escuela Santa María. Aquel 21 de diciembre, los ángeles abandonaron Iquique". Este libro no habría sido posible sin los cuatro anteriores. Soy un convencido de que yo nací para escribir esta historia. Nadie más pudo haberla escrito así.

—*Dicen que Baldomero Lillo y otros lo intentaron.*

—Lillo llegó hasta el segundo capítulo. Es que es un trabajo muy complicado.

—*Usted ha dicho que sus libros han revivido el desierto...*

—Desde *La Reina Isabel*, el Desierto de Atacama ha cobrado más importancia, vienen las modelos, los fotógrafos, los artistas, hasta una teleserie se hizo. Su historia, su gloria y su dolor, debiera enseñarse en los colegios.

"mis novelas son sinfonías"

—*¿Por qué casi siempre sus prota-*

gonistas son músicos?

—Es algo muy importante. Pienso que soy un músico frustrado: cuando joven traté de aprender guitarra durante tres meses, se me ampollaron los dedos, las ampollas se convirtieron en callos, igual no saqué una sola nota. Tampoco puedo cantar, soy terrible de desafinado. Pero bailo bien, es innato, tengo música interior. Yo bailo solo en mi casa, todos los días. Es el único ejercicio que hago, porque soy flojo para los abdominales. Cuando escribo, trato de hacer mi prosa totalmente musical, a veces cambio un adjetivo de dos sílabas por uno de tres, sólo para que la palabra no cojee musicalmente. Mis novelas son una suerte de sinfonías.

—*¿Hay música en Santa María de las Flores Negras?*

—Sí. Entre los huelguistas había más de tres mil peruanos y bolivianos que llegaron al desierto con sus zampoñas y charangos altiplánicos. En las noches, prendían fogatas y tocaban, era como el lamento del viento pampino. Me hubiera gustado escucharlos, a veces voy por una calle solitaria y me golpea el viento y me dan ganas de cantar. Pero canto como la mona.

—*Hasta sus títulos son musicales...*

—El de esta última novela lo saqué de un mismo huelguista. Hay un calichero ciego que es poeta y él recita un poema en décimas que termina con los versos:

"SI TILDAN MI NOVELA DE HISTORICA, DE PLANFETARIA, SOCIAL O POLITICA, HE FALLADO. SANTA MARIA DE LAS FLORES NEGRAS NO TIENE APELLIDO. MI UNICO COMPROMISO, QUE LES QUEDE CLARO A TODOS, ES CON LA ESCRITURA".

"somos las flores negras sufrientes del desierto", un autorretrato del pampino. También, porque las flores negras recuerdan el luto.

—*¿Por qué esta última investigación lo golpeó?*

—Tuve mucha suerte. Escuché el testimonio de un viejito grabado en los '80 que había sido testigo ocular de la tragedia, cuando tenía once años. Hablé con mis amigos iquiqueños y me topé con un libro fundamental, *Santa María de Iquique, 1907. Documentos para su historia*, de Pedro Bravo Elizondo, un historiador que hace clases en la Universidad de Wichita. El hizo el trabajo que yo debería haber hecho: recopiló los partes del general Silva Renard, quien dio la orden de disparar; los telegramas del ministro del Interior, los del intendente, lo que salió en los diarios de la época. Así me di cuenta de que la matanza pudo haberse evitado ¡tres veces!

—*¿Cuándo?*

—La huelga estalla el 10 de diciembre de 1907 en la oficina San Lorenzo, al interior de Iquique. Se expande a las otras oficinas y pronto hay 60 mil obreros parados

tre. Se vuelven, furiosos. Esta es la segunda vez. Y la tercera es cuando, ya en la escuela Santa María, el intendente ofrece subvencionar una parte del aumento que los obreros pedían, pero los magnates extranjeros se niegan.

—*Y la tragedia se desencadena...*

—El jueves 19 de diciembre llega a Iquique el general Roberto Silva Renard en un buque de guerra. El viernes 20 se declara estado de sitio y el sábado 21, hay más de 15 mil personas entre obreros, mujeres y niños en la escuela (el puerto tenía 40 mil habitantes). A las 15:45 se abre el fuego.

—*¿Cuánto de novela y cuánto de historia tiene su libro?*

—De los hechos históricos, tiene todo. Lo novelístico va en los personajes: los principales son siete, encabezados por un calichero de 57 años, Olegario Santana. Hay otros: Domingo Domínguez, barretero; José Pintor, carretero, e Idilio Montaña, herramentero, con apenas 18 años. En mi paso por las oficinas yo fui de todo, menos carretero porque ya no se trabajaba con mulas. Y hay dos mujeres



Rivera Letelier en su casa de la población Corvalli, en Antofagasta.

en la pampa. El intendente iquiqueño ofrece subir a dialogar, que era lo que los huelguistas querían, pero no cumple. Esa es la primera vez. Por eso, bajan en masa al puerto, después de caminar muchos días y noches con sus mujeres y niños por el desierto. Los instalan en el Club Hípico, en las afueras de la ciudad, y los convencen de retornar a la pampa en tren, dejando una comisión negociadora. Acceden, pero en la estación se dan cuenta de que los quieren mandar en carros planos, los que se usaban para cargar sacos de sali-

excepcionales: una viuda y Liria María. Por ella corre la historia de amor.

—*¿Una novela de amor?*

—Mira, si tildan esta obra de histórica, he fallado. Si de panfletaria, he fallado. Si la llaman social o política o romántica, he fallado. *Santa María de las Flores Negras* no tiene apellido, es sólo una novela. Y mi primer compromiso no es con los obreros muertos ni con la tragedia. Mi único compromiso, que les quede claro a todos, es escribir bien, después viene todo lo demás. ■